

El electorado piensa

NO tenemos todavía la costumbre de ceñir la elección de candidatos políticos a un cálculo de intereses del elector mismo. Las oscilaciones suaves o los cambios categóricos deben ser, en una democracia, el resultado de juicios personales y secretos que los ciudadanos hacen de las probabilidades de que con este o con el otro candidato las cosas vayan mejor en general y el mismo elector resulte beneficiado. O, en los malos tiempos, de que pueda defenderse razonablemente.

Lo que no vale es la pura expresión de buenos deseos. Puede un grupo político ir a las elecciones animado de las mejores intenciones y sin embargo, una vez elegido, realizar una gestión catastrófica. ¿Le daremos, únicamente la culpa a él, o a las circunstancias, recordando el rey que se consoló del desastre de su escuadra comentando que no la había enviado a luchar contra los elementos? No, también al que elige le cabe su tanto de culpa, su cuota de responsabilidad.

Cualquier Gobierno que salga de estas elecciones, bien pertenezca a una sola formación política, bien resulte del acuerdo de varias, va a luchar contra los elementos. El paro no se combate con buenos deseos. Ni hay tampoco una fórmula única para reducirlo. El déficit presupuestario no se ataja con promesas. La reforma del funcionariado —al que tantos políticos, además, pertenecen— no se logra con discursos morales.

El coste de la educación debe saberse sobre quién recae y qué fórmulas se le ofrecen al ciudadano entre las que escoger. Hace años que se proclamó que la Educación General Básica sería gratuita, pero ¿dónde está el dinero para realizar esta promesa? ¿De quién debe salir? ¿Es mejor que cada familia pueda disponer, entretanto, de unos recursos y aplicarlos al colegio que prefiera? ¿O ir hacia desgravaciones fiscales? ¿O potenciar la enseñanza pública, detrayendo los fondos necesarios de otra actividad señalada de antemano?

La asistencia médica y farmacéutica plantea problemas semejantes. Y no basta con pintar paraísos, sino que debe ponerse al lado de cada oferta su precio, al lado de cada fórmula su tiempo de aplicación.

Nuestra vida política será mucho más interesante y provechosa si, en vez de ofrecer tanta noticia de nombres y facilitar tan generosamente opiniones sobre los demás partidos, nuestros políticos aportan cada vez más su tiempo y su talento al análisis de los problemas sociales y a la explicación de las ventajas que tiene la fórmula que su partido ha escogido para afrontar cada cuestión.

El nivel de vida español es ya suficiente para ofrecer argumentos que inviten a ponderar no sólo los atractivos de «la imagen», sino las ventajas y los riesgos de la gestión que se anuncia, con arreglo a un programa y con la ayuda de unos hombres.

La democracia no consiste en desfilar por la calle cantando, sino en encerrarse en casa a pesar los pros y los contras de una elección personal determinada en un panorama general también muy concreto: el de nuestro país de cara a los próximos cuatro años.

Explosivos Río Tinto

LA noticia de que Unión de Explosivos Río Tinto, sexta empresa española en facturación, ha aplazado el pago del principal de los créditos recibidos por un importe total algo superior a los 100.000 millones de pesetas es un hecho de gran gravedad para la economía española.

Efectivamente, la mitad de dicha deuda se debe a entidades financieras extranjeras que prestan a UERT en los mercados internacionales de capitales confiando en la solvencia de la empresa y de la economía española. Sin embargo, la depreciación de la peseta ha supuesto para Explosivos un brusco encarecimiento de los créditos recibidos y ahora el aplazamiento del pago no puede dejar de repercutir sobre el grado de solvencia de las empresas españolas ante la banca internacional.

De esta forma, la deuda de 30.000 millones de dólares que España tiene con la banca internacional adquiere una mayor importancia para la determinación de la política económica interna y queda ya meridianamente claro que la pervivencia —y no digamos acentuación— de una política económica que no afronte claramente los problemas económicos del país nos puede llevar en pocos meses a una situación de bancarrota internacional.

Tanto el nuevo Gobierno que surja de las elecciones como el país en general deberían tener muy claro que una política económica permisiva que llevara, por ejemplo, a una mayor depreciación de la peseta, tendría graves consecuencias. De hecho el margen que el próximo Gobierno tiene —y el caso de Explosivos lo vuelve a corroborar— es muy estrecho y su actuación no puede estar muy lejano de un programa de austeridad.

Por otra parte, el cese de pagos por UERT, una de las primeras empresas en la que además participan tres de los siete grandes bancos españoles es una muestra más de la debilidad de nuestras estructuras económicas ante una grave crisis internacional que, si bien se ha ido diferiendo en el tiempo, no ha perdido nada de su extrema gravedad.

Y la verdad es que la economía española no ha respondido a la crisis de una forma coherente sino que, en muchos casos, se ha limitado a comprar tiempo en forma de créditos internacionales esperando que la crisis económica desapareciera por ella misma sin necesidad de un gran esfuerzo interior y de un cambio en las actitudes de los diversos factores productivos. El aldabonazo de Unión de Explosivos Río Tinto es una demostración más de que esta actitud no puede continuar.

Es peligroso jugar con fuego

Siempre habrá guerras entre vosotros

PARODIANDO una conocida frase del Cristo, se podría decir eso: «Siempre habrá guerras entre vosotros». Siempre las hubo, en el pasado, más o menos vastas y devastadoras, y los manuales de historia las reseñan. Continúa habiéndolas, ¿Siempre las habrá, en efecto? En las dos últimas contiendas mundiales, cierta propaganda —naturalmente capciosa— puso en circulación una grotesca fantasía: «Hacemos esta guerra para que nunca más vuelva a haber guerras». Ya lo dijeron a raíz de la del 14, y vino la del 39. No tenemos ninguna garantía de que mañana o pasado mañana se desencadene otra matanza atroz, mucho peor que las anteriores, sin duda. Y estas insignes barrabasadas, de momento, todavía no tienen nada que ver con la «lucha final» preconizada retóricamente por el himno rojo —bueno: ya no tanto, porque lo cantan hasta los socialdemócratas más moderados— o por alguna página doctrinaria de Lenin. No. Se trata de (guerras) más bien cargadas de odios nacionales o religiosos, aunque detrás de ellas haya algo más. Lo que sospecho es que lo que pueda haber «detrás de ellas», hoy por hoy, está muy lejos de ser lo que entonces «La Internacional» o lo que vaticinaba don Vladimiro.

Avanzaré que lo ignoro todo acerca de esa reciente «ciencia social» que quieren llamar «polemología», o algo así. Pero me parecería de perlas que dicha disciplina se ocupase de la incidencia que la tecnología ha tenido y tiene en la «fatalidad» de las guerras. Y cuando digo tecnología, claro está, me estoy refiriendo simultáneamente a la industria que promueve, y, enseguida, a la maraña de intereses económicos que confluyen en ella. Supongo que la cosa no se produjo en un día exacto. Sin embargo, el factor a que aludo comenzó a adquirir una relevancia galopante a partir del instante en que la fabricación de armas se convirtió en un negocio apreciable. Mientras los combatientes se enfrentaban con hondas, porras, lanzas, escudos, armaduras, calderas con aceite hirviendo, e incluso con las primeras pólvoras, quizá este enfoque no resultaba importante, por más que, con motivo de las batallas se movilizase media artesanía de cada país beligerante. Pero eso, a pesar de ser importante, y puede que muy importante, no admite comparación con los tinglados de hoy.

Cuentan el chiste de un emigrado andaluz a Alemania, y no de hace demasiados años, que «se non è vero è ben trovato». El buen hombre, teóricamente empleado en una fábrica de cochecitos para bebés, explicaba: «Yo trabajaba en la sección de montaje, pero no sé qué diablos ocurría que, encajando las piezas, en vez de salirme un cochecillo me salía una ametralladora...» La frase no pasa de ser un rasgo malicioso. ¿Desdeñable? Cuando el río suena, agua lleva. Y no vale la pena de sopesar la verdad de la localización: si no era Alemania pudo ser otro sitio. Lo que quiero insinuar es que la existencia de una inmensa industria armanentística esparcida por medio mundo

necesita vender sus productos: a quien sea. Unas veces, el comprador será un Estado con mayúscula, para su ejército; otras, un bando guerrillero; o quizá una organización terrorista; o bien un puñado de mafiosos o de bandoleros. Es igual. Y eso sin contar con lo que obliga la propia «seguridad». No hay gobierno, de la latitud y del color que sea, desatento a renovar su utilaje de guerra, a aumentarlo, a comparar sus fuerzas con las del vecino... o con las de sus súbditos. En los informes oficiales que manejan los economistas, por ejemplo, todo eso queda disimulado. Y si no lo disimulan, sí que se oculta el «efecto multiplicador» que la industria de las armas tiene, directa o indirectamente. Y puesta en marcha la maquinaria, no hay quien la detenga.

Ml impresión es más bien pesimista. Ahora mismo, si las grandes potencias hegemónicas —y las no tan grandes ni hegemónicas—, decidiesen cortar por la base la industria del armamento, es casi seguro que la población en paro se duplicaría en todas partes. O más. Y pongo en el mismo saco, aunque parezca abusivo, los proyectos nada pacíficos de navegación espacial y la confección de rifles y pistolas como los de los telefilmes yanquis, pasando por los arsenales termonucleares, los venenos virales y virulentos, los aviones, los tanques, la sastrería de los soldados. Y añado: todo lo que, simétricamente, pueda comportar la «defensa», precaución obvia, con hospitales, campos de concentración o fosas comunes para enterrar a los muertos. Y si se llegase a la catástrofe atómica, el cálculo —alguien debe de estar haciéndole— ya será inimaginable. Y todo eso está ahí: funcionando. Cantidades inmensas de gente cobran su jornal gracias a ello. En los laboratorios y en las oficinas, en los cuarteles y en las manufacturías, en el transporte y en el contrabando. Y otra mucha más gente depende de la anterior: en realidad, todos los demás, o casi todos.

Porque el asunto no acaba en la fabricación de armas, o en antiarmas. Repercute en los supermercados, en cualquier tienda, en los cines y en las discoteca, en las librerías y en las panificadoras, en todo lo que pueda comprar y vender. Un remoto minero, un agricultor superviviente, un empleado de banco, un médico, un maestro de escuela, un jurista, un basurero, también dependen de que haya guerras. No es la primera vez que apunto el tema, y es probable que exagere un tanto. Pero el circuito de ganancias que implica el tráfico —legal o no— de armas (y ¿qué significa «legal» en este contexto?) hace vivir a determinadas muchedumbres. A costa de otras muchedumbres que quedarán masacradas con la utilización de los chismes mortíferos. Me pregunto si hay alguien que, voluntaria o involuntariamente, no es cómplice de esta genial e imparable maniobra. Por lo general, nadie se da cuenta de nada. Entre el tendero de la esquina y el Pentágono o Kremlin, o cualquier Ministerio de Defensa, o los pellagudos incidentes guerrilleros —¡qué adjetivo

tan «español!»—, o la voluptuosidad criminal menor, hay una trabazón objetiva. En el área capitalista y en el área socialista. En un lado y en otro se cuidan de ocultarla. En las guerras preindustriales predominaba la depredación y la matanza, y la épica de Chenguis-Jan terminaba en unas pirámides gloriosas de calaveras y otros huesos menores, que, por razones demográficas, tuvieron que ser modestas. Los millones de cadáveres promocionados por los estados mayores del mundo entre 1939 y 1945, y después, no fueron sólo culpa de Churchill o de Hitler, de Stalin o de Mussolini. Ni siquiera de la «lucha de clases» en su sentido estricto.

Yes que, en una gran parte, la economía mundial está asentada sobre la guerra, sus preparativos y sus consecuencias. Puede que sea inútil ser «pacifista», «objetos de conciencia» o «prófugo», en este esquema. Sólo que, metidos en la ratonera, sí será oportuno denunciarlo, para saber de qué mal hemos de morir. Me apresuro a advertir que no comparto las conclusiones «apocalípticas». No. Los que atizan las guerras para sacar beneficios son los primeros interesados en que se les acabe el truco. Una ley implícita de estos negocios consiste en que, en cualquier guerra, no se ha de exterminar al enemigo. Un enemigo exterminado deja de ser un cliente, y si deja de haber enemigos —no importa cuáles— tendrán que cerrar las fábricas, repartirán menos dividendos, crecerá el paro. No sólo los fabricantes de armas; todos los demás, siderurgia y textil, farmacopeas y diversiones, jugueteros y agropecuarios, burócratas y profesores, se irían al carajo, dicho sea con perdón.

Esto se ve venir. Si en el fondo interviene lo de la «energía», es secundario: la dichosa «energía» la necesitamos para todo eso, mancomunadamente. ¿Para todo eso? Pues sí. ¿Y sin alternativas? La única alternativa válida sería lo imposible: la abolición de las guerras y de los negocios de las guerras. Pero ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿Cómo arreglarlo? Puede que la cosa no tenga arreglo, y hoy aquí y mañana allá, una guerra, una revolución colonial, un desahogo terrorista, ayudará a mantener el «negocio». Un arma es un objeto, y nada más. Como se la emplee y al servicio de qué, es otro tema. Igual que si fuese una azada o una máquina de escribir. Y no digo tonterías. Cuando me colocaron en mi domicilio unos cuantos kilos de goma-2, el explosivo o sus ingredientes procedían de «empresas» honorables. De afiliados al partido del señor Ferrer Salat, qué «partido» es. No le deseo al señor en cuestión mi experiencia. Pero cuando el negocio sólo es negocio todo puede acabar así. Es peligroso jugar con fuego. Y me empuja en sostener que el eje más rentable es ese: el fuego, la guerra, el terrorismo. ¿Una contradicción más?

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Sólo publicaremos —íntegras o condensadas, según el espacio de que dispongamos— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellidos. Recordamos a nuestros comunicantes que han de constar sus señas completas y que no mantenemos correspondencia, ni atendemos visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas de esta sección. Cuando los lectores lo deseen, y si el tema se presta, pueden enviar sus cartas ilustradas con fotografías.

Por una TVE más elevada

Ayer noche disfrutamos de una maravillosa velada sin salir de casa. RTVE no obsequió con la representación del ballet «El lago de los cisnes», de Tchaikovsky, desde el Royal Opera House de Londres. He de decir que hace tiempo no disfrutaba tanto ante el televisor. Quienes ejerciamos en esos momentos nuestra condición de telespectadores no podíamos por menos que callar y admirar la belleza y perfección de las imágenes, así como lo sublime de la música. Realmente puede calificarse de espectáculo enriquecedor, un descanso para el espíritu que sin darse cuenta se eleva. Ante un programa de tanta calidad pensaba por qué RTVE tiene que castigarnos en no raras ocasiones con la vulgaridad, el ruido (calificativo que merecen algunos intentos de música), la baja calidad cultural de los programas: desconcierta que se pida opinión, como si fueran especialistas, a personas no entendidas en determinados temas, o que quienes han desempeñado importantes cargos en la vida política y social nos hagan perder el tiempo comentando temas intrascendentes.

Ha llegado a mis oídos noticia de una Asociación de Espectadores de TV. Me gustaría conocer sus fines, actuación, logros... porque, si lo que pretenden es elevar y mejorar el nivel de ese invitado «o intruso» doméstico que es la TV, cuenta con todo mi apoyo. Ya desde ahora en adelante a sugerir algunos objetivos, que en su momento se tuvieron en cuenta al redactar las nuevas normas so-

bre publicidad en RTVE: mejorar el lenguaje (evitar expresiones soeces y groseras), evitar contenidos que puedan ocasionar comportamientos antisociales, actitudes insolidarias y que fomenten el consumo indiscriminado u ofendan el buen gusto, fomenten la violencia, inciten a conductas agresivas, crueldad, malos tratos a animales y a la naturaleza, etc., etc.

Respecto a la mujer, copio un párrafo elocuente de las mencionadas normas (que conservo como recorte de periódico cuando fueron publicadas por «La Vanguardia»): «RTVE rechazará aquellos anuncios en los que se discrimine a la mujer, reduciéndola a un papel de sumisión, pasividad o inferioridad respecto al hombre, a mero objeto erótico, o cualquier otro degradante para la condición femenina». Hay mucho que hablar todavía... y mucho más que hacer.

Montserrat URGELLES

Una actuación ejemplar

Señor Director: Hace unos días fueron ustedes tan amables de publicar una carta mía con unos comentarios sobre defectos en las escaleras mecánicas de las salidas de las estaciones de Barcelona y San Gervasio de la Compañía del F.C. de Sarriá y

me creo obligado a comunicar con gran extrañeza por mi parte y desde luego con la máxima satisfacción me vi agradadamente sorprendido por una directa comunicación telefónica por parte de dicha Compañía, aclarándome las circunstancias que causaban dichas anomalías y rogándome que cuanto anomalía encontrara, fuera tan amable de comunicárselo para ayudar a la solución de la misma.

Realmente felicito a dicha entidad por cambiar la faz desagradable con que estamos acostumbrados de ser tratados por los entes estatales y en este caso estamento autónomo.

Nemesio SINGLA GELABERT

Del Código de la Alimentación ¿qué se hizo?

Señor Director: Releyendo algunos recortes de periódico, no sé si por casualidad o no, he encontrado uno que me ha sobrecogido por su carácter premonitorio y tal vez por ello, olvidado.

La fecha es borrosa pero creo que se trata del periódico, evidentemente «La Vanguardia», del día viernes 7 de mayo de 1971 en el que leo: «El Código Alimentario sin aplicación al tercer año de aprobarse». En uno

de los párrafos de la parte superior derecha de la página, cuya numeración no leo, dice: «Los mayores índices de frecuencia en adulteración de productos alimenticios se registran en los aceites...»

Justo al lado de esta hoja, tengo un «dossier» elaborado particularmente del asunto de la colza.

La estridencia de las notas de prensa referidas es evidente y me sugiere mil comentarios. Sin embargo, aun ignorando la evolución y estado actual de la legislación sobre consumo alimentario, quiero agradecer y aun felicitar la labor informativa del periódico que usted dirige, más cuando nos encontramos en un período en el que de nuevo se reciclan todas las rutinas de lo habitual y cotidiano. Quizá alguien deba su vida o su salud a la lectura de aquella nota.

Eduardo ALBACAR

TVE y la tercera edad

Señor Director: Cada día leo las estadísticas según las cuales somos cada vez más los viejos y menos los jóvenes. La TVE no lo entiende así, y se acuerda menos de nosotros los mayores. Muchos programas de rock y música pop y otras de menos gusto, y en cambio música fina, zarzuela, operetas, etcétera, brillan por su ausencia, o bien las dan a horas en que las personas más interesadas, que peinan canas, ya estamos descansando. En resumen: pido programas buenos para la gente mayor y a horas de media tarde o antes de la cena.

Rafael RIBE